

SEMANA SANTA:

Todos podemos constatar el cambio. Antes, al Carnaval seguía la masiva toma de la ceniza mientras con rostro compungido se oía el terrible "recuerda hombre que eres polvo y en polvo te convertirás". Desde ese día era muy habitual ver por las calles caraqueñas los sayales morados de "nazarenos" con su alargado cordón blanco en cumplimiento de una promesa. El pueblo recordaba que había llegado la época de la "confesión anual", del ayuno, de la abstinencia y del sacrificio. Los templos hervían de cirios y de muchedumbre, sobre todo los altares del Nazareno y Virgen de la Soledad. La visita a los "monumentos" era una costumbre muy arraigada desde la Colonia. El Viernes Santo era el colofón de una semana de compunción y piedad. Las "Siete Palabras" de Monseñor Pellín desde el templo de Sta. Teresa, eran retransmitidas por Radio. Por la tarde, la ciudad se recogía en los alrededores de S. Francisco para la procesión de la Soledad.

El sábado, silencioso y triste hasta que, por la noche, las campanas anunciaban la Resurrección. Entonces la ciudad recobraba, de nuevo, su tono y ritmo rochelero.

antes y ahora

¿Y ahora? Caracas ya no se reagrupa en torno a sus Iglesias sino en las playas o en el terminal del Nuevo Circo. Se llenan, es verdad, los templos de público que baja de los cerros. Son los pobres que no pueden emigrar al campo o al mar. Entre los que se han ido, como en los que se quedaron, no hay la tensión espiritual que significaba antes la muerte de Cristo. En las ciudades hay silencio de ausencia no de oración religiosa. En resumen, la Semana Santa ha dejado de ser tiempo sagrado, en el que se revivía el drama de Jesús-Dios, traicionado, maltratado y crucificado por nuestros pecados. Y aunque las Televisoras y Radios transmitan sentimentales programas religiosos todos sabemos que se hace más por tradición que por pedagogía cristiana. Como la quema de "Judas" durante el sábado santo.

Estos son los hechos. ¿Cómo interpretarlos a la luz de la fe?

ENTRE LA DESOLACION Y EL ANALISIS

Para unos el asunto es muy angustioso. Piensan que es muy grave que la gente no haga caso de la Semana Santa. Eso de que un pueblo que ha sido cristiano se olvide y aún le pierda el respeto a un acontecimiento tan serio como es la Pasión y muerte de su Salvador indica que algo marcha muy mal. Esas ganas locas que nos han entrado de divertirnos y gozar nos han sacado de quicio; y esa propaganda maldita de la sociedad de consumo, y falta de sentido moral y de educación religiosa, y aun esa cierta falta de atención de parte del clero a las funciones de la Semana Santa...

Para otros este cambio de la Semana Santa es una muestra sobresaliente de un gran cambio cultural, un cambio que podemos decir cualitativo: el paso de una cultura de patrones agropecuarios a una cultura signada por la tecnología. La cultura en que nacimos, aparecía inmersa y como cobijada en la tierra; una cultura que vive en un tiempo cíclico en el que los acontecimientos regresan cada año y se recrean en las fiestas, esos tiempos privilegiados en que los pue-

blos toman contacto con sus orígenes. De la pertenencia a este tipo de cultura cobraba todo su relieve el calendario litúrgico cristiano. Las distintas etapas de la historia de la salvación se sucedían en las diversas fases del año desplazando a las fiestas de tipo natural: la siembra en octubre, el nacimiento del sol en diciembre, el renacer de la vida en primavera, la cosecha en verano y la vendimia en otoño. El cristianismo sustituye estos contenidos naturales —ligados además a la zona templada del hemisferio norte y por lo tanto sin una correspondencia real con los ritmos de nuestra tierra— por acontecimientos históricos. Pero a su vez estos nuevos contenidos se inscriben en el esquema anterior, se deshistorizan en cierto modo, se hacen recurrentes, renovables, cíclicos.

Ahora estamos viviendo la desaparición de esos esquemas culturales en los que se importaba el ciclo litúrgico cristiano del que la Semana Santa es la pieza principal.

LA HISTORIA ES SEMANA SANTA

¿Y qué pensar de este cambio? En primer lugar creemos que es un proceso histórico y como tal irreversible. En segundo lugar pensamos que esos esquemas encorsetaban al cristianismo y no le permitían manifestar toda su originalidad. En el tercer lugar tenemos que decir que nos encontramos en una encrucijada y por lo tanto ante el reto de si seremos capaces de dar sentido, de colmar de contenido a este nuevo tiempo.

Concretamente: La pasión de Jesús es un hecho histórico y por lo tanto único. No se repite. Los cristianos creemos que Jesús ha dado su vida por todos los hombres de todos los tiempos. El es el primogénito de la humanidad, hecha posible por su libertad creadora que se ha entregado hasta la muerte. Pero esta pasión, muerte y resurrección posibilita y abre el proceso histórico. Hace posible que los hombres pongan su vida por sus hermanos. En este sentido podemos decir que Jesús hoy padece en los que sufren persecución por la justicia. Esa es hoy la pasión de Jesús: la pasión de los pobres, de los oprimidos. Por aquí pasa ahora la dramática historia de Jesús, una historia que muchas veces la sentimos trágica, sin salida; pero Jesús vive y nosotros viviremos. Entonces este pueblo laborioso, ligado a la tierra, que se reunía periódicamente para reactualizar los componentes esenciales de su vida, para morir como la semilla,

como Jesús, a lo viejo, al pecado, y renacer a la vida plena, a la justicia debe transformarse en el pueblo en marcha hacia su liberación histórica, liberación posibilitada por Jesús y a su medida y por eso siempre mayor que cualquier liberación concreta sociopolítica, económica, psicológica o cultural, pero inserta en ellas. De la pasión como algo en sí, como el símbolo de la parte dolorosa de la tierra, de las negatividades de lo real, del lado tenebroso del proceso evolutivo debe pasarse a la pasión histórica. Porque el dolor, la impotencia y la maldad no son procesos mecánicos que puedan exorcizarse por medio de una expiación ritual; son acontecimientos históricos que deben ser superados en la lucha de los pueblos oprimidos hacia su liberación. Esta pasión es actual porque aún no hemos llegado a la victoria. Jesús ha resucitado, pero aún padece en su cuerpo. No estamos salvados. Sólo lo estamos en esperanza.

La resurrección de Jesús significa que el Hombre Nuevo es realmente posible, que es el por venir. Significa que la imaginación puede ser creadora. Significa que la lucha revolucionaria no sólo engendrará nuevas esclavitudes sino también y sobre todo libertades más plenas. Significa que merece la pena dar la vida porque el futuro es posible y golpea a la puerta con más poder que el poder de los que adoran al presente y lo quieren eternizar.

LA PASION DEL PUEBLO:

Pareciera que a medida que ciertos aspectos más lacerantes de la miseria y el dolor se van superando fuera perdiendo actualidad la pasión de Cristo. Ya mucha gente no se siente representada ni removida por la representación tradicional de la pasión de Cristo. De nuestras ciudades esos días desertan las clases altas y las medias a la playa o al interior a reunirse con sus familiares. De los cerros se descuelgan los oprimidos. Se puede hablar de catarsis: su tragedia aparece magnificada, celebrada, en Jesús, el Hombre Epónimo. Pero hay más: se sienten acompañados por él, su dolor aparece con sentido, integrado al dolor del Justo. Y debe haber mucho más: es el momento de desprivatizar el mal. Porque Jesús no ha muerto ante todo para quitar los pecados personales sino para quitar el pecado del mundo. En el momento en que la Iglesia asuma esta concepción, por lo demás clásica en teología (S. T. III q.1 a. 4) —y ya está comenzando a hacerlo en América Latina— encontrará para la Semana Santa representaciones simbólicas acordes con esta realidad. Porque no creemos que lo que falte sea capacidad de simbolización en un pueblo que se caracteriza precisamente por la riqueza espontánea y desbordante de plasticidad, fabulación y ritmo. Lo que falta es integrar al pueblo en este proceso histórico de la pasión de Jesús que no es una pasión extraña sino la suya propia entendida en plenitud.

Si se pone al pueblo a luchar por su liberación, el pueblo encontrará la simbología cristiana adecuada, ayudado y encauzado ciertamente por sus ministros-servidores cristianos.

Lo que está ocurriendo ciertamente, y es todo un símbolo, es que la Iglesia y el pueblo se están quedando solos y juntos en Semana Santa. Se está deshaciendo el equívoco de la pretendida unanimidad social respecto a Jesús, y consiguientemente respecto a la Iglesia. Es cierto que él ha muerto por todos, pero ha muerto —y sigue muriendo— con unos, y le mataron —y le siguen matando— otros. Es cierto que todos sufrimos, pero unos sufren por fatalidades de la vida, porque el hombre no ha conseguido aún dominar la naturaleza y otros sufren estructuralmente, por egoísta, decreto de otros hombres. Es cierto que a todos salva y perdona Jesús, pero a unos como enemigos y a otros como pueblo humillado, pequeña grey.

Esta diferencia la empieza a notar el pueblo, y los que oprimen al pueblo también. Por aquí va el cambio de Semana Santa, aunque aún queda mucho camino que andar, vía crucis histórico. Pero ya contamos con el triunfo de Jesús, nuestro Jefe-Servidor.

Mientras tanto, ya por los diversos estadios culturales en que nos encontramos, ya como necesidad de ensayar diversos caminos, se impone un cierto pluralismo, pluralismo que debe ser estimulado y dirigido por los que tienen a su cargo a la comunidad cristiana.